

EL NEOLIBERALISMO COMO "RELIGIÓN"

A primera vista ¿existe algo que tenga menos que ver con la religión que la economía? Y sin embargo, la economía se presenta hoy con la pretensión de ser algo tan absoluto y determinante de la vida humana que llega a asumir los rasgos característicos de una religión. Así lo muestra el autor en los dos artículos que se citan a continuación. Se condensa el primero. Del segundo, más completo, se integran algunos aspectos importantes.

Le néo-libéralisme comme «religion», Relations 614 (1995) 238-245. Cette idole qui nous gouverne. Le néolibéralisme comme «religion» et théologie sacrificielles, Studies in Religion/Sciences Religieuses 24 (1995) 395-413.

El neoliberalismo, ¿una religión?

Este título y mi intención pueden parecer insólitos.

En nuestra sociedad moderna y secularizada, el ordenamiento de lo público pretende no deber nada a las lógicas religiosas, arrinconadas ya a una zona bien delimitada y vigilada.

La razón emancipadora, fuente de un progreso indefinido, ¿no ha reemplazado este mundo de lo religioso, con sus ídolos, sus sacrificios cruentos y sus mitos, como fundamento del orden social?

Y, sin embargo, la evolución de la sociedad, dejada a las solas fuerzas del "libre mercado", nos llena de inquietudes. Sobre todo cuando el discurso económico dominante hace una apreciación tan positiva de esta evolución que aquéllos que interpretan de otra manera el nuevo orden parecen a veces heridos de "parálisis" intelectual y social.

La orientación neoliberal actual de la economía parece ser el dato fundamental para explicar la remodelación de la sociedad en curso. El prefijo "neo" quiere subrayar el retorno del viejo liberalismo o capitalismo salvaje del siglo XIX, que reencuentra ahora un impulso inédito después del feliz paréntesis de los decenios del 40 al 70, en los cuales el modelo ford-keynesiano había unido el crecimiento a la mejora de las condiciones del bienestar de la gente.

Esta "novedad" consiste en la destrucción de las fronteras económicas nacionales protectoras con la consiguiente competición de las empresas y la conversión de los Estados en satélites del mercado, en contra tanto del "dejar hacer" como de su intervención reguladora en los recientes decenios. Son las fuerzas del mercado las que nos "gobiernan" realmente hoy día.

Mis sospechas

Mi atención queda, sin embargo, retenida por algo bien extraño. ¿Cómo es que se cuestiona tan poco el neoliberalismo, a pesar de que sus efectos humanos, sociales y

medioambientales son ciertamente desastrosos? ¿Cómo es que el neoliberalismo pretende incluso representar la única y definitiva solución de estos problemas? ¿Cómo es que la gente está hasta tal punto engañada por este proceso que enloquece por las escapatorias del "divertirse", y de los juegos de azar?

De manera extraña, a pesar de la claridad de los análisis sociopolítico-económicos que demuestran que los mecanismos del modelo neoliberal enfrentan crecimiento y empleo y que le es inherente que la gente vaya mal para que la economía vaya bien, nada parece ralentizar su huida hacia adelante: las certezas del neoliberalismo no parecen tambalear ni por las reflexiones antropológicas que descubren en él una nueva etapa del proceso de mercantilización del mundo (K. Polanyi) comenzado hace ya tres siglos y que constituye la forma específicamente moderna de la violencia (J.-P. Dupuy), ni por las denuncias de sus injusticias por parte de las Iglesias.

Sospecho que los mecanismos y la ideología del neoliberalismo están movidos por poderosos y secretos resortes que escapan a la crítica corriente. Por eso, a ese nivel y sin que queramos sustituir los análisis tradicionales, el poder captar su dinámica requiere una visión no económica cuyos puntos de referencia escapan incluso a la cultura del capitalismo.

¿El capitalismo neoliberal no obedecerá a una "religión" y a una "teología" cuya fuerza quedaría reforzada por su aparente secularidad?

Los adelantos de la razón moderna -¡no pretendo afirmar que sean sólo una ilusión!- no han logrado eliminar la cuestión de la trascendencia, sino que sólo han camuflado un desplazamiento de esta cuestión. La economía capitalista obtuvo su prestigio por su reacción emancipadora ante lo sagrado y ante las formas de sujeción exterior. Pero este movimiento se habría a su vez sacralizado y se habría sumergido en la idolatría. Los pueblos primitivos no tienen el monopolio de los procesos de "divinización".

Lejos de ser un "dominio" neutro, objetivo, apartado de toda elección de valores y de todo acto de "fe", la economía comportaría tanto un horizonte metafísico propio, una "religión", como una forma de legitimación parecida a una "teología" en el sentido de un discurso interpretativo sobre lo divino y lo religioso (a partir de elementos degradados de una teología cristiana contemporánea al nacimiento del capitalismo).

La tarea ahora no es sólo detectar estas dimensiones atribuidas al liberalismo antiguo y al neoliberalismo, sino también cualificarlas. Pretendo demostrar que estamos delante de una religión y de una teología de tipo idolátrico y sacrificial.

Idolatría y sacrificialidad

Empecemos por definir "idolatría". Entiendo por "ídolo" toda realidad y toda idea que sería *absolutizado o sacralizado* y en nombre de la cual unos seres humanos y su dignidad serían *relativizados o sacrificados*. En nuestro caso se trataría de una sacrificialidad intrínseca al "mercado" y a su ideología y, por consiguiente, de orden estructural. La novedad del capitalismo como violencia sacrificial consistiría en que, a diferencia de las formas tradicionales de violencia, que se justificaban por realidades exteriores o autónomas, aquí la legitimación de la sacrificialidad "se identifica

enteramente con la formulación de los mecanismos económicos" (H. Assmann). Este tipo de idolatría es, pues, compatible con la inconciencia de sus autores, por lo que no hay que buscar intencionalidad. Pero esto no significa que no existan responsabilidades humanas o manipulación de intereses identificables. Es, pues, en el corazón mismo de los mecanismos económicos en que hay que descubrir esta idolatría.

La utilización del concepto de idolatría no supone necesariamente la creencia en divinidades en sentido propiamente religioso. El Diccionario de la *Real Academia Española* propone dos sentidos: 1. Adoración que se da a los ídolos o falsas divinidades. 2. Amor excesivo o vehemente a una persona o cosa. Por su parte la Biblia señala dos formas de idolatría: por *perversión* o manipulación de Yahvé por los creyentes para oprimir mejor, y por *sustitución*, o sea, cuando Yahvé es reemplazado por falsos dioses. En ambos casos la idolatría aparece como una "fuerza espiritual" que el poder o el sistema dominante se asigna identificándose con lo trascendente y oprimiendo en nombre suyo. También en ambos casos la idolatría hunde sus raíces en el pecado social y en la destrucción, en buena conciencia, de seres humanos.

Para abordar la idolatría y la sacrificialidad inherente al neoliberalismo, examinaré sucesivamente su funcionamiento en cuanto proceso de auto-trascendencia, su *ideología* o "teología", sin olvidar su imbricación íntima en la realidad, para sugerir las pistas de una *alternativa*, interpelando, de paso, el compromiso cristiano. Pero antes consideremos algunas apuestas que están en juego.

Las apuestas

1. *Sobre la cuestión de la trascendencia.* ¿Es posible hacer prevalecer una trascendencia humana y social frente al totalitarismo del mercado, y esto tanto a nivel de la conciencia colectiva como de la realidad histórica en sí misma? Ésta es la primera apuesta.

Al ir invadiendo todas las esferas humanas e imponiendo su racionalidad propia, basada en el cálculo de rentabilidad, de el sistema de mercado tiende a reemplazar todo criterio de evaluación y a transformarse en una simple dinámica operatoria ciega, impersonal, refractaria a todo control externo. El sistema de mercado adquiere así un carácter insidioso, sutil, capaz de infiltrarse por todas partes, incluso en el corazón de nuestras percepciones, para borrar nuestros puntos de referencia y producir una parálisis y una sumisión ante un proceso sacralizado que aparece como invencible.

Las entrevistas que he realizado recientemente con dirigentes del mundo de los negocios dan testimonio elocuente de esta dinámica. La mayor parte de los interlocutores percibían el curso actual de la economía como un callejón sin salida, pero al mismo tiempo, a corto o a medio plazo, se veían obligados a participar en el juego: una muestra del dominio del neoliberalismo sobre la sociedad. Si la utopía es inherente a todo proyecto histórico, entonces es necesario darse cuenta de que este modelo económico pretende coincidir con esta utopía. ¡Nada puede entonces retenerlo contra él mismo! Es un ejemplo de su rostro idolátrico.

2. *Sobre la necesidad de las víctimas.* ¿Es posible una relación no sacrificial con la economía? Ésta es la segunda apuesta. El contexto actual parece evolucionar en una dirección neonietzscheana. El liberalismo tradicional tenía la preocupación de concebir

la búsqueda del interés propio o la antisolidaridad como un camino (¿el mejor?) hacia el interés general o la solidaridad. Hoy día, sobre todo en los Estados Unidos, el neoliberalismo se presenta más cínicamente: de la pobreza vista como una consecuencia no deseada del proceso capitalista, se pasa rápidamente a una actitud de indiferencia e incluso acusadora frente a los pobres. Las víctimas son culpables de su suerte y su sacrificio es necesario y benéfico para toda la sociedad.

¿Queremos una economía y una sociedad articulada únicamente sobre la opción de los fuertes y de los vencedores y que reduzcan socialmente a los perdedores a la no-existencia?

En una economía, no de escasez, sino de superproducción (como la del capitalismo actual), la pobreza es negación del reconocimiento mutuo de las personas como sujetos humanos: es, pues, "sacrificial". Nos enfrentamos aquí a un totalitarismo como un proceso invisible que sólo puede ser hecho visible a través de las víctimas o de los sacrificados. De nuestra postura respecto a éstos dependerá el que seamos capaces de "ver" la realidad del capitalismo neoliberal y de trabajar para que la economía se convierta en lo que su etimología indica (*oikos* = casa; *nomos* = gestión), es decir la organización de la sociedad como la de una casa fraternal donde hay lugar para todos, y no esta "fábrica" que excluye a los más vulnerables. Tenemos aquí el reto de reconstruir la esperanza en un mundo habitable, erigiendo las prioridades en favor de los "sacrificados".

Estas apuestas y estos retos son también los de la Iglesia y los de la teología cristiana, pero la perspectiva de la fe les da una dimensión particular. En primer lugar, el neoliberalismo no tiene solamente implicaciones éticas, sino que interpela también el sentido de Dios y de la fe: sus pretensiones absolutizantes ponen el interrogante de si es posible o no para Dios expresarse en nuestro mundo, en lugar de dejar que los ídolos hablen en su lugar. En la tradición bíblica, esa posibilidad se decide en el hecho de preocuparse de los excluidos y de los sacrificados. Las Iglesias (como la sociedad) no podrán oír este Dios a no ser que ellas se desmarquen ideológicamente del sistema dominante y se acerquen a los "perdedores". Es aquí donde se decide la presencia o la ausencia de Dios, pues la idolatría neoliberal oculta el rostro paternal (y maternal) de Dios negando la radical fraternidad de los hijos y de las hijas, cuyo sacrificio Dios prohíbe.

La fe encontrará su sentido, no en la proclamación abstracta de la "existencia" de Dios, sino en la práctica del discernimiento de su presencia y del desenmascaramiento de los ídolos.

Surgen aún otros retos para la fe: revisar las concepciones de obediencia que fomentan una actitud de sumisión frente al poder; adoptar una postura de vigilancia respecto a la utilización por parte del neoliberalismo de elementos de la tradición cristiana y al propósito de los poderes económicos de domesticar el cristianismo relegándolo a una trascendencia ahistórica y, por consiguiente, socialmente insignificante. Huelga decir que- esta reflexión quiere ser una eco modesto de la protesta que está empezando a afirmarse en todas partes.

La idolatría sacrificial neoliberal

Funcionamiento

Para empezar, comprendamos el funcionamiento del esquema sacrificial económico. Funciona por una sacralización del mercado, el cual, a través de la definición de "límites", acaba en unos sacrificios también tolerables para el sistema. Esta idolatría del mercado comporta en principio un proceso de auto-trascendencia de los mecanismos económicos, siendo los preámbulos de este proceso la naturalización y la personalización.

1. *La naturalización.* El capitalismo neoliberal tiene la pretensión de representar el "estado de naturaleza" de la economía. El efecto es "normalizar" su funcionamiento y sus objetivos. De golpe, sus contrarios son asimilados a las fuerzas del "caos". Y sin embargo, ¿el capitalismo no ha nacido del fuego y de la sangre? Su llegada no se realizó de una manera espontánea, sino impuesta por los Estados-nación, hechos a medida para esto.

Esta pretensión arrastra dos corolarios. Se atribuye al mercado fuerzas auto-reguladoras que descalifican toda intervención exterior en el proceso económico, "naturalizan" los costes sociales resultantes e imposibilitan la identificación de toda responsabilidad humana o de toda decisión en relación a sus efectos. Y el mercado puede también arrogarse la prerrogativa de fijar el "fin de la historia" (Fukuyama), recusando toda alternativa y pretendiendo una "catolicidad" o universalidad. Este sistema aparece entonces como cualitativamente y cronológicamente insuperable.

2. *La personalización.* Mercancías, empresas y capital pasan por un proceso de "personalización". La publicidad muestra a menudo una inversión de la prioridad entre las personas y los bienes o disfraza a éstos con cualidades humanas. Las "sociedades anónimas" toman actitudes propias de las personas: "construyen", "conquistán" los mercados... Y al mismo tiempo que el "trabajo" abstracto del dinero es valorado, el trabajo humano, concreto, es visto como una tara, como un peso muerto, del cual el aparato productivo debe desembarazarse. A medida que las relaciones sociales se "mercantilizan", las relaciones entre los productos del mercado toman el estatuto de las relaciones sociales. Una vez que las personas se han convertido en productos, el "sacrificio" de las personas no es ya más que una formalidad.

3. *La sacralización.* Así se llega a una "sobrenaturalización" o sacralización del mercado, expresada en la creencia en este sistema como "orden espontáneo", cuya sabiduría conocería mejor que los humanos las vías óptimas de distribución de la riqueza y reclamará la abstención de toda intervención en sus mecanismos. Este aspecto queda simbolizado por la "mano invisible" de Adam Smith, la que supuestamente ordena del mejor modo todos los intereses, a la manera de la antigua "providencia" cristiana. Al mismo tiempo, el mercado puede funcionar como una "divinidad" autosuficiente, lo cual queda bien ilustrado por la carrera de la competitividad, cuyos frutos no deben jamás transformarse en bienestar social (servicios...), sino ser enseguida reinvertidos en la carrera, para no perder terreno. La competitividad no tiene otro punto de referencia que la acción de los competidores y se manifiesta sin un fin exterior a ella misma. Es, pues, "infinita", con una "infinitud" perversa: "El capitalismo no es ni una persona, ni una institución. No quiere ni escoge... Es una lógica ciega, obstinada, a

través de un modo de producción, de acumulación" (M. Beaud). El mercado es así "fetichizado", manifestándose como una entidad objetiva, metafísica, algo que está "por encima" de los humanos: un ídolo que permanece invisible, interiorizado, impersonal, al abrigo de cualquier ataque.

Por eso uno de los hombres de negocios entrevistado reducía su actuación a "leer" el mercado como quien lee la temperatura, para después tomar decisiones. El director general del Fondo Monetario Internacional, M. Camdessus, considera el mercado como el mandatario del Reino, una especie de realidad "penúltima", y M. Novak, un teólogo neoconservador del *American Enterprise Institute* (Instituto Americano de la Empresa) habla sin tapujos del "capitalismo democrático" como de la encarnación del Reino. Este proceso de absolutización acaba por transferirse también a las mismas mercancías ("calidad total"), a los fines de la vida definidos por el mercado (el enriquecimiento sin límites), a las "leyes del mercado" o mecanismos de la competición como exigencias que trascienden la vida humana, y se traduce inevitablemente por la sacralización de los resultados del mercado, que comprende tanto las desigualdades estructurales como el sacrificio de los perdedores.

Nadie se extrañará, pues, que una tal "espiritualización" del mercado, en la cual el objeto se convierte en sujeto y la creatura llega a ser el Creador, provoque una fe y una esperanza invencibles en el sistema y dé a sus partidarios más comprometidos la imagen de "cruzados".

Los sacrificios

Subrayemos que los sacrificios forman parte de este sistema, que es el mercado. Según Hugo Assmann, en este sistema una rigidez dogmática impone límites a lo deseable, a partir de lo que él considera como posible (los mecanismos) o admisible (la ideología). La actividad humana e incluso la misma vida quedan definidas en función de este sistema. Por ejemplo, las necesidades humanas no existen a menos que puedan traducirse en poder de compra; se reivindica en exclusiva para el mercado la función de distribuir la riqueza. En esta comprensión de lo *economically correct*, la incapacidad del mercado de cumplir sus promesas no es considerada como un error del sistema, sino como su funcionamiento regular. Es "normal" que haya víctimas.

Por "necesidad" interna, el sistema de mercado es potencialmente destructor del sujeto humano, del sujeto de derechos (el ciudadano), al reducirlo a un sujeto del mercado. El ser humano es incorporado a la lógica del capital o a la de los factores de producción de riqueza. ¡Qué ironía la de designar a los empleados como el "primer capital" de la empresa! ¿Y no se nos designa muy a menudo por nuestra función económica: "consumidores", "mano de obra", "contribuyentes", "clientes", "beneficiados"? ¡Y qué sucede cuando ya no somos ni "empleables" ni "reciclables"? ¿No se nos relega al estatuto de "inútiles", sacrificados, hasta el punto de que añoramos el estatuto de "explotados"?

El neoliberalismo convierte a poblaciones enteras en mendigos de *jobs* (empleos), en pedigüeños de colocaciones y de subvenciones. Todo proyecto colectivo se encuentra radicalmente relativizado, para ventaja de un solo proyecto admisible: la competición,

en el seno de un neoliberalismo totalitario que destruye todo espacio posible entre lo que es y lo que podría ser.

Los sacrificios humanos, todos ellos legales ya que son el resultado de una obediencia a las leyes del mercado, aparecen como necesarios. Y estas leyes del mercado no tienen ninguna connotación de culpabilidad, ya que aparecen como el resultado de un automatismo, de un proceso impersonal. Se trata de un sacrificio masivo, indirecto, en el cual las víctimas no son el objetivo expreso y no interesan como tales (H. Assmann), lo que permite "contener" toda reacción amenazante para el sistema y "estabilizar" la violencia, a menos que esta reacción, equivocando su blanco, no arroje toda su rabia en las autoridades políticas...

Estos sacrificios aparecen como "inevitables" y legitimados por la referencia a los límites insuperables, cuya *arbitrariedad* queda siempre camuflada. Entonces toman públicamente el nombre de "costos sociales" (Milton Friedman) y vamos a ver cómo, a través de la "teología" neoliberal, pueden llegar a ser "benéficos".

Una "teología" sacrificial

Para poder imponerse, el "libre" mercado, además de los mecanismos económicos, necesita otras influencias: la sacralización de estos mismos mecanismos y la elaboración de una ideología (una "teología"). Ésta define la antropología, la ética, la ciencia (económica) y, por lo mismo, los sacrificios tolerables o compatibles con el paradigma del mercado. La fuerza de esta ideología es la de haber modelado el sentido común y de haber sido capaz de presentarse como una metafísica.

Empecemos por un recuerdo histórico. Los abusos del feudalismo, del absolutismo real y las guerras de religión, dieron pie a los nuevos regímenes para organizar la sociedad, no ya a partir de lo que el hombre *debía* ser, sino a partir de lo que el hombre *era*. De aquí sale la concepción del homo oeconomicus (egoísta y agresivo), del cual Locke, Mandeville y A. Smith harán la proyección social, fundando la sociedad sobre la economía y sobre el mercado. Por primera vez en la historia, los lazos sociales se fundan, no sobre la cooperación mutua entre los socios, sino sobre su oposición: la "mano invisible" del mercado es la encargada de asegurar automáticamente (independientemente de las intenciones personales) la armonía de los intereses individuales divergentes y de las conductas asociales de cada uno. Sobre el supuesto de la escasez de recursos, los primeros teóricos del liberalismo económico defienden que, gracias al mercado, la envidia y el interés propio, considerados como "vicios" en la moral tradicional, son precisamente los motores del crecimiento y, por consiguiente, del bien común y de la paz. El mercado como tal puede reemplazar a la ética.

Según H. Assmann, tocamos aquí el punto clave de la raíz "teológica" de la sacrificialidad del sistema de mercado: "la confiscación y la adulteración de lo que hay de más esencial en el cristianismo, la concepción cristiana del amor al prójimo y, por consiguiente, del amor de Dios". Es necesario captar bien esta sutileza: la ética del mercado no invierte el precepto del amor al prójimo, sino que lo pervierte. Ciertamente, el bien común o la solidaridad siguen siendo proclamados como un objetivo, pero el camino óptimo escogido en exclusividad es el de la búsqueda competitiva del interés

propio. En vez de la compasión, la ética del mercado hace del egoísmo y de las reglas del mercado la más alta expresión del altruismo.

Armado de esta manera, el sistema de mercado puede recusar como inmoral toda interferencia externa en su mecánica "natural" y puede ser exculpado de contravenir toda regla moral que no sea la suya propia, reducida al "cálculo de las vidas" y, por consiguiente, de las "muertes necesarias", y a los criterios de "la propiedad y el contrato". Ello es lo que autoriza a M. Friedman a oponer el deber moral de sacar beneficios para accionistas a la noción de "responsabilidad social de la empresa", y es lo que permite afirmar a M. Camdessus: "Somos gestores al servicio del rigor para la eficacia, pues sólo ella abre las puertas reales a la solidaridad".

Pertrechado, pues, con un "dios" supuestamente apto para extender su reino y hacer que la humanidad triunfe a partir de la práctica del lado oscuro del pecado original, y también con un "evangelio" del mercado, y controlando la interpretación de los resultados por una ciencia económica, el sistema de mercado, puede "demonizar" sus adversarios y sus utopías de solidaridad, y puede lanzarse con entera "buena conciencia" a la conquista del mundo, sin mirar precios ni medios, en una circularidad sacrificial perfecta, suscitando "una fe ilimitada en su carácter redentor y salvífico". (H. Assmann).

De hecho, como ya lo había intuido Max Weber, "cuando el mercado se abandona a su sola legalidad (...) todas las formas originarias de relaciones humanas le repugnan". El mercado es, en su misma raíz, extraño a toda confraternización. La competencia o la antisolidaridad ilimitada permanecen como su verdadera ley. Esta rigidez "religiosa" actúa como una nueva fatalidad, condenando a la humanidad, desde hace dos siglos y en nombre de la "libertad", a no ser más que un campo de batalla.

Pistas para la esperanza

La resistencia a la idolatría sacrificial neoliberal empieza en primer lugar por su percepción y por comprender su naturaleza. Este "deber de cultura" (Goethe) es una condición previa para poder tener un control social sobre nuestro destino. Debemos poner en juego todos los recursos de nuestras tradiciones intelectuales para detectar las falsas divinidades mortíferas que el neoliberalismo ha inscrito en el tejido de la historia hasta cambiarles el sentido. Se impone encontrar la indispensable dialéctica entre la utopía y la realidad histórica, lo que supone una conciencia clara de la singularidad y de la relatividad históricas del capitalismo, a pesar de sus pretensiones.

Más allá de la oscilación, entre el mercado y el Estado, ¿no ha llegado ya la hora de un control de éstos y de su agenda por la sociedad o por el sujeto social? Además, tanto la sociedad como el sujeto social deben ser reconstruidos después de siglos de dislocación por la antisolidaridad del proceso evolutivo del mercado. La democracia económica, animada por una solidaridad real, desde las relaciones cotidianas hasta las más institucionalizadas, podría ser la traducción de esta reconstrucción. Para esto es necesaria una inversión de la ética del mercado, la cual nunca ha tenido por objetivo directo el interés común. Esta orientación presupone, teórica y prácticamente, la adopción de la perspectiva *de los "sacrificados"*. Es desde este punto preciso que pueden ser realmente "trascendidos" los límites fraudulentamente impuestos por el capitalismo neoliberal.

Para los cristianos y las cristianas, la contribución a una alternativa me parece pasar por un compromiso codo con codo con los movimientos sociales, pero también por una revitalización de lo mejor de su tradición de fe. Su sensibilidad religiosa puede hacerlos particularmente aptos a detectar la "religión" y la "teología" idolátricas y sacrificiales del neoliberalismo. Además, pienso en la capacidad de tomar en serio tanto la trascendencia en la historia, característica del cristianismo, como la relación orgánica entre los humanos, la cual nos pide dar una atención prioritaria a las condiciones de mantenimiento y de desarrollo de la vida corporal concreta. Lo que diferencia lo "sacrificable" de lo "nosacrificable", es si pertenece o no realmente a la comunidad. Es ciertamente el "yo tenía hombre..." que nos dirá Cristo en el último juicio. La "Bestia apocalíptica" o el "Imperio" de nuestro tiempo, el capitalismo, deniega este pan a una gran parte de la humanidad.

Las Iglesias y la teología son conducidas por la historia a esta piedra de toque absoluta que es la situación de las víctimas que coincide con la de la Biblia. La teología de la liberación ha hecho de las "no-personas" su punto de partida. Las reacciones suscitadas contra ella de parte de los poderes no mienten sobre el hecho que ella ha alcanzado el sistema en su punto neurálgico. Cuando los "perdedores" redescubren su derecho de no ser sacrificados y los creyentes se ponen de su lado, entonces el Dios de Abrahán y de Jesús, sensible a los "Isaac" de la historia, llega a ser visible. Y es entonces cuando, teológicamente, la absolutización del mercado se vuelve imposible (FJ. Hinkelammert). ¿Reencontraremos nosotros este "celo por la casa (*oikos*) del Señor", de este Dios que es también "Economista", es decir, que vela sobre su "casa" que es la humanidad?

Tradujo y condensó: MIQUEL SUÑOL